

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Clemencia (continuacion), por idem.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADOS: Coblentza.—Crochet oriental ó tunecino.—LAMINA: Figurin, núm. 771.

EDUCACION É INSTRUCCION.

CONSIDERACIONES.



N la senda que vamos recorriendo nos acercamos al término de la adolescencia, y se nos presenta ocasion oportuna para detenernos aunque solo sea un instante á mirar el camino que hemos recorrido y considerarle en compañía de nuestras jóvenes lectoras. Parada breve, pero importante para la conducta que deba observarse en la vida. El viajero que recorre un pais y se detiene sobre una colina á contemplarle despues, vuelve á examinar lo que ha visitado, reproduce en su imaginacion cuanto ha escitado su curiosidad, y abarcándolo todo en conjunto comprende mas perfectamente las maravillas ó bellezas que ha visitado, las conoce mejor, y le quedan mas grabadas en la mente. El viaje es entonces mas provechoso, porque sucede lo que con el repaso de las lecciones que se han aprendido.

No reproduciremos, sin embargo, lo que hemos dicho en otros artículos, pero sí lo resumiremos con consideraciones mas avanzadas, por lo mismo que ha adelantado mas la enseñanza. Salimos del período de la adolescencia para entrar en el de la juventud, y cada edad tiene su enseñanza, así como tiene sus exigencias.

Supongamos que al salir de ese período de la vida os llama la madre para anunciaros que entraís en una nueva era, en otra edad que necesita de otras lecciones, y os dirá indudablemente, como dicen otras madres: —Hijas mías, he deseado, bien lo sabeis, que el espíritu de vuestra educacion fuese el del

mas puro cristianismo, y no solo lo he deseado, sino que he puesto todos los medios que están á mi alcance para conseguirlo; si no lo he logrado por completo habrá sido por culpa mia, mas bien que por insuficiencia vuestra; pero supla mi intencion y mi cariño lo que me haya faltado de talento, así como suplirá vuestro afecto y gratitud y la conviccion de que los consejos de una madre no llevan otro interés que la completa felicidad de los hijos. Sin que podais comprender esas emociones instintivas que nos han hecho palpar de alegria al primer suspiro de un hijo, ni la profunda ternura que nos inspira siempre, ternura tan pura y tan desinteresada, que nos dá una débil idea del amor de Dios para sus criaturas, comprendereis al menos que en los padres no hay mas que amor para los hijos. El corazon mas dispuesto á la adoracion, y mas tocado de la bondad divina, exige aun mayores socorros para corresponder á tan grande beneficio. Parece que el poder de la religion se acrece en el alma, pues que se prueba á la vez un deseo mas ardiente de la asistencia divina, y una seguridad mas grande de recibirla: nos da no sé qué nueva energía, y se siente que, con una conviccion quizá mas íntima de la propia debilidad, de los defectos mas graves aun del espíritu y del corazon, se cree uno representante de la moral, y se recomienda la virtud sin pensar en sí. Las madres recibimos una mision sagrada, un título irrecusable de autoridad, y decimos con San Pablo: *Todo lo puedo por Jesucristo que me fortifica.*

Desde entonces preocupa la idea de que la educacion y la religion constituyen una obra completa, proponiéndose ambas un mismo objeto; el perfeccionamiento moral, sometiéndonos á su influencia. Conquistando Dios el reconocimiento por los beneficios, dispone el corazon á la obediencia, é impone leyes que doman las pasiones y ordenan la vida. Así es que, en el dominio de la religion, como en el de la educacion, una criatura caprichosa, egoista sensual, presa de mil desos desarreglados, viene á una exis-

2.^a ÉPOCA.

tencia mas elevada por el efecto de su comunicacion con un sér superior á ella. Mas como se nos ha revelado el conocimiento de la religion, y no el de la educacion, así considerada, es en la santa Escritura donde he buscado la regla y el modelo de mi conducta.

¿Qué he encontrado en la ley divina, hijas mías? Precisamente lo que mi corazon me habia dictado. El Dios que es amor, ha ordenado sobre todo amar. Mis primeros cuidados han sido hacer nacer en vosotras afecciones tiernas, y no para nosotros solos. Todos los medios de excitar vuestras simpatias, vuestro cariño, para vuestras hermanas y hermanos, para cuantos os rodean, y aun para los estraños, los hemos empleado, y para inculcar en vuestro corazon una benevolencia general. No ocuparos de la vida de los demás, no distraer vuestras observaciones por las de otros; que aprendais á agradar cuando no podais hacer bien, é inspiraros el deseo de procurar gratitud, mas bien que la pretension vanidosa de atraer las miradas ajenas por objetos de vanidad; tales han sido los primeros medios de evitar en vosotras el egoismo. Esto solo podria caracterizar vuestra educacion. Vivireis con nosotros y como nosotros, sin separaros de los criados, ni de nuestra sociedad de amigos, ni de las niñas de vuestra edad: con todos podeis vivir. Y como ninguna perfeccion exterior señala en vosotras el afecto de nuestros cuidados, no se nos dirá con frecuencia que sois perfectamente educadas, pero se nos felicitará por vuestro excelente natural y amable carácter; y esto nos lisonjea mas de lo que se créa, porque nada hay para una madre que halague su amor propio, bien entendido, como las justas alabanzas que se dispensan á sus hijos, y como nos vemos en ellos, y los consideramos, no parte sino el todo de nuestro sér, es lo mismo que si nos alabáran á nosotras mismas. Solo de esta manera podeis comprender, hijas mías, lo que os importa atender y seguir nuestros consejos, y no desviaros un momento ni un paso de la senda que os trazamos, solo para vuestro bien.—

A. PIRALA.



LA ENTRADA EN EL MUNDO.

VII.

De Adela á Leonor.

Has sido demasiado severamente castigada por tu misma falta, Leonor, para que yo intente con reproches aumentar la pena que te agovia.

Tampoco podria dirijírtelos con justicia, porque habitando en este apacible retiro, como tú le llamas, apenas acierto á comprender esas luchas de amor propio, que me parecen insensatas. Cómo? Para humillar momentáneamente á una rival favorecida por la suerte; para alcanzar el triunfo de un segundo, arriesgar la paz de la conciencia, hollar las leyes del decoro, faltar á cuantos sentimientos hay nobles y sagrados en la tierra?

¿Qué estúpido juego es ese, en el cual se pone á una sola carta todo el porvenir de la existencia?

Pero Leonor, aun suponiendo el triunfo, ¿cómo podian enorgullecerte los laureles alcanzados por medio de la baja intriga, de la impostura audaz y vergonzosa? No ves que descendias al nivel de esa mujer imitando su conducta? No ves que tenias que obrar como ella, atrayendo á Leopoldo, á quien no amabas, para verte obligada á desdeñarle luego? No ves que has obrado absolutamente como ella, engañando á un hombre honrado?

¿Cómo podrás mañana elevar la faz delante de Margarita, y abrumarla con tu desprecio, si has sido mas débil, mas culpable que ella? ¿Es esa la guerra que debe hacer una mujer que se estime en algo á sí misma? Son esas las armas que deba esgrimir la jóven que se ha elevado á la sombra de estas buenas madres, que tanto la han recomendado la propia dignidad y la noble elevacion de sentimientos?

Perdona si te riño: no queria hacerlo, pero estas reflexiones me las arrancan el pesar y la sorpresa.

¡Oh, bendito mi retiro, si me preserva de empeñar esas batallas nefandas que tanto desdoran y menoscaban el honor de una mujer!

Pero no, la honradez es una flor que puede cultivarse en todas partes; que lo mismo crece en los empinados montes que en las simas profundas y escondidas. Eres muy niña aun, has tenido un momento de descuido, y has dejado que la pobre flor, falta de riego, incline el místico tallo y desfallezca!

¡Pronto, pronto! ¡Es preciso que antes que muera la hagas revivir y florecer con el benéfico riego de tu llanto!...

Una falta solo puede borrarse por medio del arrepentimiento; el arrepentimiento solo puede manifestarse por medio de la espiacion!...

¡Si has tenido valor para cometer un delito, ténlo también para confesarlo!... Corre en busca de tu tío, cuéntaselo todo!... Cuánto mayor sea tu vergüenza, tu confusión al revelárselo, mas indeleblemente quedará grabado en tu alma el recuerdo del amargo fruto que reportan las malas acciones; el recuerdo de que no se puede faltar al mas leve de los deberes sin experimentar al instante un severísimo castigo!...

¡No añadas á tu crimen, porque yo tal le considero, otro crimen mas negro todavía; no comprometas el porvenir de un hombre de bien, que se ha dignado elegirte por esposa, engañándole al pié de los altares!...

¡No, Leonor, no cometas semejante infamia, que ya no tendria excusa ni delante de Dios, ni delante de los hombres!

No te diré que los aplausos que alcanza una mujer páfida y coqueta sean ó no pasajeros, porque no me importa el saberlo. Lo que sé es, que esos aplausos son deshonorosos á sus propios ojos, y que rebajan la santa estimacion que un alma debe profesarse á sí misma! Lo que sé es, que así como el audaz conquistador vé turbado su sueño por los ayes y gemidos de sus víctimas, la mujer coqueta no puede gozar de un sueño apacible ni tranquilo, recordando los males que ha hecho, los males que medita! No, Leonor, rompe desde luego esas armas de dos filos que hieren á los demas, hiriéndote á tí misma!

Evita toda clase de apariencias: las mas leves son un delito en la mujer, cuya única gloria consiste en la universal estimacion. La amistad entre un hombre y una mujer, cuando traspasa los justos límites, suele ser comprometida y peligrosa para entrambos. La historia de tus desaciertos empieza con tu amistad hácia Leopoldo. Si tú hubieras impedido que se mostrase en público tan asídúo contigo, tu amor propio no hubiera sido puesto en juego, y no hubieras tenido que recurrir á tan villanos medios para alcanzar su triunfo!

El general que no presenta la batalla no puede temer el oprobio de la derrota: el general tal vez no pueda excusarla, pero las mujeres no han nacido para guerrear, sino para hacer que floresca por todas partes el árbol de la paz hermosa y bienhechora! No recojas jamás el guante que te arrojen, y no te verás envuelta en los azares de la lucha. Si quieres aplausos conquistalos con tu modestia; si quieres coronas fórmalas de virtudes!

¡Oh, mi dulce Leonor, perdóname, si á pesar mio, la indignacion me ha llevado demasiado lejos! Es que te amo: es que te amo tanto, que mas quiero arrancarte lágrimas amargas, que ver como se contamina la pureza de tu alma, arrastrándose por el cieno de pasiones tan bajas y mezquinas!

Recuerda que el amor propio, cuando ciñe la diadema de la noble emulacion, es una cosa santa; que

es una cosa vil y despreciable cuando se ampara de la tea destructora y dá abrigo en su pecho al áspid de la envidia.

Recuerda que del primer paso que imprime la mujer en la senda de la vida, depende su futura dicha, y que los claustros silenciosos, los hogares domésticos desprovistos de ventura, y los piadosos asilos en donde hallan un refugio los que carecen de amparo, están poblados de mujeres infelices, que han rendido un culto esclusivo al necio amor propio, que han cedido á un movimiento de pueril despecho, y que van sembrando su camino de lágrimas, sin esperar otro término á sus penas mas que la negra tumba!

La mujer no ha nacido para brillar, sino para ser bendecida y respetada!

La mujer de nobles aspiraciones, debe desdeñar todo brillo que no dimane de su propio mérito!

Deja pues, Leonor, deja que el humilde charco de agua se ufane con el momentáneo brillo que le presta un rayo de sol: el sol se retira, y queda convertido de nuevo en inmundo charco! Deja que el tosco pedazo de vidrio, escondido entre las guijas, aparezca á los ojos del viajero como un espléndido diamante, que el viajero lo arrojará lejos de sí con desden al reconocer su engaño!

Apresúrate, corre en busca de tu tío, que nunca para el bien es tarde, y de aquí en adelante antepón al mundo tu conciencia, y no ambiciones jamás lauros que tus virtudes no hayan fecundado!

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XXXII.

Al dejar á Francia y entrar en Alemania llegamos á Coblenza á las nueve de la noche, y nos alojamos en la fonda de las Tres Hermanas, desde donde se descubre el Rhin en una gran estension.

Nada mas deliciosamente pintoresco que Coblenza y sus cercanías, vistas desde la plataforma de la ciudadela. A la derecha se levanta entre un bosque de árboles la pequeña aldea de Oberwerth, perteneciente al Ducado de Staffendorfg, á la izquierda el fuerte Alejandro, la ciudad y sus monumentos, entre los que descuellan el palacio electoral, el palacio Metternich, Winbourg, donde nació este célebre diplomático; la iglesia de Nuestra Señora, con

usaba cuando vivía en el campo, no queriendo hacer el gasto de otro mejor para una población tan pequeña como aquella en que habitaban. La tartana, con un solo caballo, que en invierno servía al jardinero y en verano á la familia, fué el poético carruaje que Julio ofreció al objeto de su amor.

Clemencia, adornada por su madre que, faltando á su costumbre, había presidido aquel día al tocador de su hija, se mostró seductora como nunca con su vestido blanco, su sombrero de paja y su ligero chal, que marcaba los contornos de su elegante talle.

Augusto se había vestido también con gran esmero, pero su guante claro y su pretenciosa corbata eran impropias de la hora y del objeto, y á pesar de la aprobación de su madre, le daban un aspecto extraordinariamente ridículo.

Julio por el contrario estaba sencillo y elegante, porque el amor suele inspirar acierto en estas materias al menos entendido.

Llevaba un sencillo paletot de tela de verano, una corbata negra, cuyas puntas flotaban con abandono, y un sombrero de paja, que le daba una expresión de simpática osadía: unido á esto una expresión dichosa, y comprendereis lo que experimentaría Clemencia al contemplarle, acaso por la última vez si llevaba á cabo la resolución que abrigaba; respondió á las galanterías de Julio con palabras inconexas, y como le advirtiera que no debían perder los momentos de aquel agradable día, se apresuró á ocupar con los demás su asiento en el carruaje.

Era uno de esos días hermosos de verano, en que el sol calienta sin abrasar, y en que el aire puro y transparente da á la bóveda del cielo un delicado azul. El rocío de la mañana se admiraba en diamantes cristalinos sobre las ramas de los árboles, y la vista se dilataba sobre cercanos valles salpicados de flores, que en alas de la brisa mandaban sus perfumes á nuestros dichosos viajeros. ¿Qué corazón no se consuela, qué temores no desaparecen ante tan encantadora realidad? Momentos hay en la vida en que nuestra alma rompe las cadenas de su prisión para lanzarse á una vida de ignorados placeres! Momentos en que confundimos nuestra existencia con la de la naturaleza, y cantamos con los pájaros, suspiramos con la brisa, y abrimos á la dicha nuestro corazón, como al sol las flores su cáliz. Sentimiento profundo y misterioso, magnífico presente que Dios nos envía, y arroja de nuestra memoria dolores presentes y males imaginados. ¡Cuántas veces olvidamos dolores amargos para escuchar á la golondrina que canta ó la tórtola que arrulla!

Clemencia y su madre, sentada la primera detrás de su hermano, que ocupaba con Julio los primeros asientos de la tartana, alternaba en la conversación general, lanzando á veces un grito involuntario,

cuando Julio, que guiaba el carruaje, le hacía avanzar con demasiada rapidez. Éste propuso dar una pequeña vuelta para admirar unas ruinas cercanas, que Clemencia y su madre desconocían, y cada vez que Julio volvía su cabeza para contestar á Mad. Ogé, sus ojos se encontraban con los de Clemencia, la que le parecía más turbada que ofendida, procurando en vano disimular los sentimientos apasionados de su alma. Abrigar esta esperanza y abrazar á Clemencia con el fuego de sus miradas fué obra de un instante, viéndose precisada Mad. Ogé á llamarle la atención al advertir que avanzaban por un bosque espesísimo, en el cual podían caer en algún precipicio. Augusto participó de los temores de su madre sin osar confesarlos, y se estremecía á cada vaiven del carruaje ó á cada rodeo del camino. Julio y Clemencia eran los únicos cuyos corazones no daban lugar al temor, abandonados, sin darse cuenta de ello, al encanto de la hora presente. Hubo un instante en que Julio percibió lágrimas en los ojos de la joven. ¡Oh! si él hubiera sabido por qué corrían, si hubiese podido prever... pero su dicha le embargaba por completo los sentidos.

Por fin llegaron á las ruinas, que no eran otra cosa que un edificio de mal gusto colocado en la cima de una montaña, Julio quiso ofrecer su brazo á Clemencia para visitarlas; pero su madre y Augusto, que no quería esconder el brillo de sus botas en una penosa ascensión, instaron porque continuase el viaje.

Al cabo de un cuarto de hora la casa de campo del Alcalde se ofreció á los ojos admirados de Augusto y de su madre, que se decían en el fondo de su alma, que si el proyectado matrimonio se realizase todos habitarían en aquella magnífica posesión. La gran verja de hierro giró sobre sus goznes, la tartana avanzó por una frondosa calle de castaños, cuyas ramas formaban bóveda, y en breve nuestros cuatro viajeros vieron al Alcalde y su mujer, avanzando el primero con galantería á presentar su mano á las señoras para que saltasen del carruaje.

Cuán rápidas pasarían todas las horas de aquel día: se esperaban muchos convidados para comer, y solo la familia de Clemencia había sido invitada para el succulento almuerzo, que Augusto saboreaba con su conocida voracidad. De repente un criado llegó á prevenir al Alcalde que le aguardaban en la ciudad para un asunto que no admitía dilación, lo que hizo maldecir á Mr. Moreau su cargo, que le arrebató á los placeres domésticos, ocasionando á su hijo la satisfacción de conducir á las señoras al jardín y al parque, haciendo los honores de la casa.

Cuando llegaron al estanque, en el cual dos cisnes se paseaban magestuosamente, advirtieron una barquilla que brindaba á las personas al mismo paseo que verificaban las aves acuáticas.

Julio lo propuso al punto: Augusto y su madre no aceptaron, y Mad. Moreau decidió á Clemencia á penetrar con ella en la barquilla. Apenas se habian colocado, cuando llegó el jardinero á prevenir á su señora que algunos convidados se presentaban á la puerta de la quinta, lo que obligó á aquella á saltar en tierra y seguir al jardinero. Clemencia se levantó, dispuesta á seguirla, al tiempo que Julio, que espiaba todos sus movimientos, dió á la barquilla un pequeño impulso que la alejó de la ribera.

—Detenéos, murmuró Clemencia.

—Teneis miedo? exclamó Julio sonriendo.

La jóven no se atrevió á insistir, y la barca se deslizó por la superficie en las aguas. Cuando Julio comprendió que nadie podia oirlos, exclamó:

—No os agrada permanecer aislada en medio de todo el mundo? No os parece que aquí es mas fresca el aura que se respira?

Clemencia no contestó, comprendiendo que su turbacion la vendia, y aunque Julio no la hablaba de amor, todo en aquel sitio la fascinaba, todo parecia decirle: « Ama y déjate amar. »

Una voz distinta, aunque no menos misteriosa, murmuró entonces:

—Dejáos amar, Clemencia, dejadme decirlo que os amo.

Clemencia no contestaba, y cerraba los ojos con abandono, acaso para prolongar la ilusion. De repente se estremeció, exclamando:

—¡Nos llaman!

Los llamaban, en efecto; pero no eran ni Augusto ni su madre; era la esposa del Alcalde, que llegaba con nuevos convidados.

La comida fué brillante, magnífica: Julio encontro medio de colocarse al lado de Clemencia, á quien en medio de la algazara general repetia á media voz sus protestas cariñosas, y la jóven turbada, comprendió haber perdido todo el dominio que sobre Julio ejercia, reprochándose haber sabido resistir cuando se hallaba sola con él, para sucumbir despues en presencia de todo el mundo.

Terminada la comida, el Alcalde, mas amable que de costumbre, se acercó á Clemencia suplicándola con galanteria que cantase, á lo que accedió la pobre niña, procurando dominar su emocion. Aunque aquel dia apenas podia disponer de sus facultades, Mr. Moreau afirmó, lleno de admiracion, que nunca habia cantado mejor, ofreciéndola al punto su brazo para dar un paseo por el parque. Las demas señoras palidieron de despecho, mientras la madre de Clemencia exclamaba que nunca habia estado mas amable el dueño de la casa, y Augusto murmuraba á media voz.

—Ahora si que no hay duda que Julio se casa con Clemencia.

Acudiendo en seguida á ofrecer su brazo á la señora mejor vestida de la reunion.

El Alcalde entretanto se internaba con Clemencia por el solitario parque, manifestando con interés el gusto con que todos la habian escuchado; porque aquel hombre tan brusco era muy galante cuando se tomaba el trabajo de serlo. Por desgracia toda su elocuencia se perdia inútilmente, porque la jóven no le escuchaba.

Preocupada con su difícil situacion, ó mas bien con la resolucion que habia tomado y debia en aquel instante realizar sin sentir el valor necesario, miraba con estupor cuanto á su alrededor pasaba, y semejante al náufrago, cuyas fuerzas aniquiladas no le permiten asirse á una roca salvadora, así Clemencia luchaba y desfallecia.

—No tembleis así, hermosa niña, exclamó el Alcalde con dulzura, venid y admirareis desde la glorieta la luna que se retrata en las cristalinas aguas del estanque.

—Ah, señor! murmuró Clemencia, cuánto agradezco vuestras bondades. Ah! seria indigna de ellas, si callase por mas tiempo: no, no, antes que llegue nadie hablaré.

Y precipitaron el paso: el Alcalde, sorprendido de aquellas palabras, y Clemencia víctima de su profunda turbacion.

Cuando llegaron á la glorieta, el Alcalde fué el primero que rompió el silencio, murmurando:

—¿No es verdad que desde aquí se descubre un paisaje encantador?

Pero Clemencia pálida, con la vista baja, en una actitud humilde y majestuosa á la vez, guardó silencio.

Al cabo de un instante, y como haciendo un supremo esfuerzo, exclamó con acento febril:

—Caballero, vuestro hijo quiere casarse conmigo.

—Mi hijo! ¡mi hijo esposo vuestro! mi hijo es un niño.

—Hé ahí lo que yo le he dicho una y mil veces, murmuró la jóven con candor; ¡he puesto en juego cuantos recursos han estado á mi alcance para hacerle desistir de su fatal cariño, y hoy sin esperanza de poder conseguirlo, me dirijo á vos, para que por interés suyo, por interés mio, por interés de todos, busqueis un medio de remediar esta desgracia!

Su lenguaje sencillo, su acento firme y su noble ademan, daban á esta estraña confesion algo de poético y solemne. Al fin, haciendo un esfuerzo, habia realizado el proyecto que concibiera, de buscar un defensor contra Julio, ó mas bien contra su propio corazon.

El Alcalde quedó mudo de admiracion: sus instintos generosos luchaban contra su ambicion, y no sabia cómo vencer aquella situacion difícil. Al fin,

tratando de ganar tiempo, exclamó casi con acento paternal:

—Sentáos, querida Clemencia, reponéos.

La hizo sentar, ocupó un asiento á su lado como en ademan de hablar, y calló de nuevo. Hay en la calma de una noche de verano, en el pálido brillo de la luna, un tinte misterioso y solemne que impresiona el alma; y si ante ese recogimiento de la naturaleza un alma virtuosa se manifiesta en todo su esplendor, el hombre mas audaz y descreído se siente arrastrado á una sublime contemplacion.

—Querida Clemencia, exclamó al fin, os doy gracias por vuestra confianza, y comprendo muy bien que el amor de un niño, como mi hijo, no pueda satisfaceros: hay en vos un talento superior, una aspiracion elevada que solo podria apreciar un hombre de otra edad y otras condiciones que mi hijo: dia llegará en que esa persona se presente, y entonces...

—Seria inútil, caballero: no me casaré nunca.

Hay frases que cambian una situacion, y estas, pronunciadas con firmeza y dignidad, sellaron los labios del Alcalde, que solo se atrevió á añadir:

—Volvamos á la quinta, y cred que mi esposa y yo agradeceremos eternamente la revelacion que acabais de hacerme.

Clemencia tomó de nuevo su brazo y penetraron en la quinta, á tiempo que todos hacian mil conjeturas por su ausencia, y Julio los buscaba impaciente por todas partes.

Llegó por fin el instante de regresar á la ciudad, y la tartana se puso de nuevo á disposicion de Clemencia y su familia, acompañándolos el Alcalde hasta el mismo carruaje. La vuelta fué rápida y alegre: madre é hijo olvidaron con las impresiones gratas de aquel dia el peligro del camino, y Julio se mostraba oportuno é ingenioso, animado por su amor y sus esperanzas. Solo Clemencia no participaba de la alegría general, y mientras los demas reian dejaba correr en silencio sus lágrimas, protegida por las sombras de la noche.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 771.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido de glasé color de rosa con adornos de encaje, tul blanco y camelias.*

Falda de glasé, guarnecida de un ancho encaje blanco colocado en ondulacion, con sobrefalda de tul

de Lyon, recortada en arcos ó puntas prolongadas, y cubierta toda de tul blanco de seda bullonado con una camelia entre cada bullon ó pellizco: un ancho rizado de tul, con cinta rosa pasada en su centro, guarnece el canto de la sobrefalda.

Cuerpo escotado, de talle redondo, con cinturon de cinta, que forma lazo con caidas por detrás, y caidas que bajan del centro de la hebilla por delante, y berta de tul de Lyon y tul de seda, prolongándose en punta en el pecho, espalda y hombros, con camelias en las puntas, y guarnecida de un rizado de tul como la falda.

Manga de tul blanco.

Aderezo de coral.

Peinado con raya abierta al lado izquierdo, levantado el pelo de ambas sienes, y formando el cabello de encima una trenza de tres ramales que cae hacia el lado derecho: completa el tocado por detrás una mariposa rodeada de trenza, y por delante, sobre la raya, una pluma con esprit.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido de grós color de ceniza, adornado de terciopelo negro y tafetan grosella.*

Falda con tira de terciopelo al canto y biés estrecho de tafetan encima, repitiéndose el mismo adorno mas arriba como figurando una sobrefalda que sube á la izquierda.

Cuerpo á la *Feronniere*, alto, con talle redondo y corpiño bajo de terciopelo negro: desde éste, cubriendo la parte superior del cuerpo, van unos terciopelos por delante y por detrás rectos, y otros sesgados entre ellos, todos con vivo grosella. (Puede hacerse grosella todo el cuerpo interior.)

Manga recta con hombrera y vuelta grosella, cubiertas de terciopelos en la misma disposicion que los del cuerpo.

Cinturon grosella y negro con hebilla.

Sombrero de terciopelo grosella de ala rizada y fondo de tul blanco: dos cintas de terciopelo largas suben desde las bridas á anudarse encima y descenden flotantes por detrás, despues de pasar la de la izquierda por delante de la flor que adorna el rostrillo. Bidas de cinta, color de grosella.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.